

¿Informe a Julio Verne?

Cali's Big Bang*

RODRIGO PARRA SANDOVAL

GENOGRAMA "LOS QUINIENTOS MILLONES DE LA BEGUN"

La Sociología es una manera de contar historias, inicia Paul Wolff.

Antes de comenzar el verdadero viaje el Trompo del Tiempo se detiene en un instersticio de la temporalidad, uno de esos bolsillos vacíos, un hueco atemporal en el caudaloso fluir del universo. Los astronautas interestelares y los hombres de la tierra bajan la escalerilla, escogen un sitio propicio, conversan y se alimentan. Encienden una hoguera, más como un rito que celebra los orígenes de la especie en las cuevas Cromagnon que como una necesidad de calefacción o de cocción de los alimentos miniaturizados. Al fondo, como detrás de una velada cortina temporal, brilla la ciudad. Flash Gordon apunta hacia el grupo con una microfilmadora anular que mira desde el índice de su mano derecha. Hacen lo que siempre

hacen los hombres cuando se encuentran por primera vez: se presentan, recitan sus *curricula vitae* sintéticos, currícula ejecutiva es el nombre técnico, muestran la cara social más favorable, su personalidad instantánea oficial, sus títulos académicos.

LOS TERRICOLAS RECITAN:

Paul Wolff: sociólogo, etnógrafo, principal narrador oficial de esta historia, gran lector de comics, fundador de La Tienda de Aventuras.

Fabio Tobar: estadístico, especialista en opinión pública, en muestras probabilísticas, en ratings televisivos, pésimo piloto del Trompo del Tiempo.

Juan Santana: psicólogo de la sexualidad humana, cineasta de la escuela de Caliwood, donjuán tropical.

Julio Verne: novelista, dramaturgo, agente de bolsa, caleño adoptivo, bailarín de salsa.

RODRIGO
PARRA
SANDOVAL,
sociólogo y
escritor,
Fundación FES

* Este capítulo hace parte de la novela *¿Informe a Julio Verne?* que escribo actualmente. La novela intenta mostrar el proceso de modernización de Colombia visto por los ojos y la pluma de un sociólogo. Tal vez sea el primer sociólogo personaje y narrador central de la literatura colombiana. Esta novela hace parte del conjunto titulado *Las historias del paraíso* que intenta narrar diversas facetas del devenir del hombre colombiano inmerso en el esfuerzo de modernización a partir de los años cuarenta. *Un pasado para Micaela*, *La hora de los cuerpos y la amante de Shakespeare* muestran el mundo que funda la mujer en la premodernidad y la modernidad. *La didáctica vida de Aníbal Grandas* y *El álbum secreto del Sagrado Corazón* narran la adolescencia, el tiempo de crecer en ambos momentos. *Tarzán y el filósofo desnudo* explora, a partir de una visión irónica, el mundo de la universidad, su crisis creativa y sus maneras de amar.

Los viajeros astrales también recitan:

Buck Rogers: piloto astral, politólogo, violentólogo, cindinicólogo (especialista en la posmoderna ciencia del riesgo), capitán del Trompo del Tiempo, humorista aficionado, héroe de comic favorito de Paul Wolff.

Dalia Ailad: ilustradora, periodista de *El Hombre Ilustrado*, eterna novia de Flash.

Flash Gordon: piloto astral, cineasta, presentador de televisión, reportero intergaláctico, héroe infantil de Fabio Tobar.

Vilma Amliv: periodista de farándula y modas intergalácticas, especialista en videoclips, compañera de Buck Rogers.

Brick Bradford: piloto astral del Trompo del Tiempo en que se inspiran los muchachos de La Tienda de Aventuras, psiquiatra intergaláctico, psicohistoriador, especialista en hipnotismo regresivo y en interpretación social de los sueños, temporólogo, héroe de comic de Juan Santana.

Diana Anaid: compañera de Bradford, reina de belleza, modelo cósmica. Sus otras habilidades son secretos galácticos muy bien guardados.

Los viajeros se dan la mano formalmente. No hay necesidad de traductor, de explicaciones sobre cómo llegan al Trompo del Tiempo tres muchachos caleños, un famoso escritor colombo-francés y seis viajeros intergalácticos conocidos como personajes de tiras cómicas. Nadie hace comentarios sobre el asunto literario de la verosimilitud porque este concepto ya ha entrado a formar parte de la arqueología de la cultura narrativa. De la manera más inverosímil posible, con una irónica sonrisa solamente visible en la comisura de los labios, Julio Verne ha dicho con entonación profética que le queda muy bien: la verosimilitud es una camisa de fuerza de la realidad, un veneno de la libertad, un refugio de narradores débiles.

Bien, dice con autoridad el capitán Rogers, prosiga con su narración, sociólogo Wolff.

La Sociología es una manera de contar historias, repite Paul Wolff después de carraspear ruidosamente. Pero la mayoría de nuestros sociólogos terrícolas, hombres desmesuradamente orgullosos de su saber científico, no están de acuerdo y piensan que contar historias es cosa de abuelas, niños y borrachitos. La Sociología cuenta precisamente

la que podría llamarse la madre de las historias porque de ella nacen todas las historias imaginables: la aventura de cómo el hombre se hace hombre, de cómo se diferencia del trilobite, del árbol, del mono y el león, del asno y de la zorra, de la rana y la comadreja, del lobo, aunque a veces se convierta en hombre para el lobo, querido Esopo. Frecuentemente los sociólogos se olvidan de contar esta historia y se desbarrancan por los caminos de la esterilidad, la pesadez, la futilidad académica y el aburrimiento y entonces... pero ese no es nuestro problema y no vamos a hacer nosotros lo que con inusitada frecuencia hacen los sociólogos. Para algo debe servirnos ser niños aunque llevemos dentro de nosotros un adulto que ya tiene el cuero duro.

Desde niño se que voy a ser sociólogo aunque haya pensado con entusiasmo ser médico descalzo, economista alternativo, detective privado, ingeniero espacial, bombero, inventor, botánico, arqueólogo, chofer de tractomula, descubridor de nuevos continentes, biólogo marino y escritor de comics. Lo se de la manera en que se saben las cosas realmente importantes: sin saberlo. No lo se de la forma externa y superficial en que generalmente se cree saber porque, como niño, ni siquiera he oído hablar de esa abstrusa ciencia, ni conozco la palabra Sociología. Así que no he visto un sociólogo ni siquiera en los comics: la Sociología es una ciencia nueva y prácticamente desconocida y aún no ha aprendido a contar historias, a narrar aventuras, a descubrir crímenes, a armar juegos, a reír, es una ciencia seria y trascendental siempre hablando de aburridos asuntos políticos, todavía no tiene héroes que hagan vibrar el alma de los niños: aún no sirve para nada importante. Sin embargo, estoy empecinado en ser sociólogo. Amo la Sociología de la manera anticipatoria en que un niño ama a la mujer que será su compañera y en que otro niño, que está todavía ocupado en aprender a ser hijo, ama ya a los que, a su vez, serán sus hijos. Tal vez la amo también (tú sí me entiendes, querido Julio Verne) porque es la profesión más apropiada para narrar esta historia ¿no te parece? A veces un hombre estudia una profesión y la perfecciona durante largos años solamente para llevar a cabo una

acción, no muy profesional, en un momento definitorio de su vida. Cosas así suelen suceder, irónicas formas del destino, aunque la ley de probabilidades opere en su contra. Decido pues, sin saber por qué, estudiar Sociología y el hielo polar que se desliza lentamente por mi médula espinal me ayuda a comprender que las decisiones claves que se toman en la vida son maneras de inventarse a uno mismo, de construir la propia historia, de la misma manera irresponsable en que uno escribe historias de Buck Rogers en La Tienda de Aventuras. Pero también amo la Sociología con el conocimiento adulto que hay en mí. He buscado, en las bibliotecas nacionales y extranjeras suscritas a Internet, investigaciones o, por lo menos, teorías de alcance medio, sobre esta manera de conocer sin conocer pero nada he encontrado. No importa, muchas cosas en la ciencia son poco científicas y se parecen más a metáforas y a historias. Esto ya me lo enseñó mi científico favorito: un emocionante personaje de comic que se hace llamar Doctor Sivana y que tiene un laboratorio y una novia que me hacen la boca agua.

CUADERNO VIAJERO

Aquí me gustaría hacer una pregunta y que alguien respondiera. ¿Quién es realmente sociólogo? Porque se dice en los mentideros del Paraíso Mozartiano que el verdadero sociólogo es Julio Verne pues los franceses son los fundadores de esa disciplina enrevesada, Comte, Durkheim, etc. Otros afirman tener datos ciertos de que esa es la profesión de Buck Rogers quien se graduó de alguna universidad en otra galaxia. Algunos sostienen que la socióloga es lógicamente Olivia, la más joven de los Wolffs, dado que la Sociología es una profesión nueva en la ciudad. Pocos creen que el sociólogo sea Paul Wolff, que siempre pone cara de taimado que esconde algo. Uno que otro piensa, aunque con dudas, que es el barman del Paraíso Mozartiano el que estudió en calendario nocturno esa carrera infame. ¿O serán todos ellos heterónimos de alguien más? Que alguien aclare esta historia, por favor.

Allí, en el asunto de las historias, aparece otro problema: me encanta contar historias y los sociólogos hablan con conceptos de alta

abstracción intentando esforzadamente escamotear la conmovedora anécdota que se agazapa detrás de sus sesudas reflexiones. ¿Qué hacer? De todas formas termino siendo sociólogo. Como fruto de este empecinamiento han nacido varios problemas que ofuscan mi identidad profesional. El primero consiste en que al intentar ambas cosas, ser sociólogo y escribir historias, se ha presentado una burlona lucha entre escritores y sociólogos sobre mi ubicación profesional: los sociólogos dicen que soy escritor y los escritores dicen que soy sociólogo, con lo cual aumenta mi angustia y decido cortar por lo sano y ser definitivamente sociólogo. Pero entonces nace una segunda modalidad problemática en mi incertidumbre profesional: surgen en mí dos sociólogos. El primer sociólogo no quiere contar historias y es llamado por algunos sociólogo serio y ortodoxo, practicante de una ciencia dura. El segundo ama contar historias y es llamado por otros sociólogo heterodoxo o farandulero, sociólogo blando. En fin, que de nuevo me enredo conmigo mismo. Pero por fortuna, para evitar más disgresiones narcisistas, con el planteamiento de la lucha de los dos sociólogos que impudicamente habitan en mí entramos directamente en el hilo de la historia.

Retroactividad: Un niño, con una voz aguda como corneta de zancudo, grita y desaparece como un rayo de la escena en el Salón Nautilus: que viva Esopo.

Es prácticamente imposible para un sociólogo ortodoxo y duro de la escuela norteamericana, educado en los rigores de la teoría y el método científicos, imaginar que ocho camiones, por más poderosos que sean, pueden cambiar el rumbo de la Historia. Hablo de la Historia con mayúsculas, claro. Para un sociólogo duro la historia, la causalidad histórica, es sólo comprensible a partir de la manipulación teórica y matemática de un conjunto muy amplio de variables que muestren correlaciones y senderos de causación. Para otros sociólogos ortodoxos pero no duros el asunto se define a partir de conceptos de inmensa complejidad que se esconden detrás de palabras altisonantes como determinación económica, fuerzas políticas, estructura ideológica, lucha de clase, modos de

producción, leyes universales, totalidad. Lo que demuestra que existen varias maneras de ser ortodoxo. Hay, afortunadamente, escuelas de pensamiento más amables, más humanas, más divertidas y menos rígidas que plantean la verdad histórica como una realidad virtual que el hombre fantasea, con las que se puede contar una buena aventura, un amor bien erotizado, un comic o una película y hasta inventar la vida de uno mismo por completo o uniendo pedazos de vidas de nuestros personajes favoritos como un Frankenstein de la imaginación. Inclusive puedes organizar viajes interestelares con tus personajes preferidos, mirar la vida como un caos, como un desorden, sin que sus inquisidores te chamusquen como a una bruja en la hoguera del ostracismo. Pero ese no es el tema de esta introducción. En realidad quiero plantear una hipótesis extraña y sin embargo demostrable: la historia de la ciudad que brilla allá, detrás de la opalescente cortina del tiempo, la historia de la ciudad hacia la que vamos, su destino si se quiere usar una palabra nada sociológica, es decidido por ocho camiones que, para más señas, no son último modelo.

Los ocho camiones no son iguales. Pueden ser clasificados como camiones de dos tipos de acuerdo con lo que hacen en la noche que cambia el rumbo de la ciudad y de su historia, esta historia particular, mi versión de la historia sin mayúscula, porque como se ha dicho hasta la saciedad en cada historia no hay una historia única sino múltiples historias que giran enloquecidas como un remolino. En este mundo posmoderno hemos asistido a la multiplicación de las historias, dama y caballero de la blanca silla, lo que demuestra la soterrada intervención de una turba de dísculos niños juguetones que cargan penosamente adultos en el corazón. Pero volvamos a la arbitraría clasificación de los ocho destortalados camiones. El primer grupo compuesto por siete camiones cumple una función destructiva, de olvido y el octavo camión lleva a cabo una misión de conservación, de memoria. Cuento primero la historia de los siete camiones del olvido y después la historia del camión de la memoria. Y debo contar también lo que sucede esa trágica noche, en que media ciudad se asa

como un pollo en la hoguera del destino modernizador, con una rechoncha caja fuerte de gigantescas proporciones. Por allí se puede comenzar una historia, ¿verdad Julio? Por allí se puede también comenzar la invención de una historia. Por una rechoncha caja fuerte que guarda celosamente misteriosos documentos. Ojos abiertos y oídos despiertos, queridos Juan, Fabio y Julio, queridos astronautas de tira cómica, que empieza la historia. Amarrarse los cinturones que despega el Trompo del Tiempo.

Cuaderno de cosas y animales: aquí se libra una batalla contra la visión puramente antropocéntrica de la narración, contra el desmesurado ego humano que quiere verlo todo desde la exclusión de los demás seres que habitan la vida: las cosas y los animales. Las cosas somos parte de las historias, tenemos nuestro devas, nuestro espíritu, y también nuestro punto de vista tan válido como cualquier otro y en muchas oportunidades nutrimos dentro de nuestros bien alimentados vientres el arrogante destino humano, sus determinaciones sociales, el camino de sus procesos. En muchos momentos de la historia del hombre somos el destino mismo, somos la historia con mayúscula o con minúscula, inventamos su vida jugando a las comitivas como en un muñequero. Basta nombrar algunos de esos momentos como escarmiento a la prepotencia humana. ¿Qué habría sido del hombre si no se encuentra sin darse cuenta y a boca de jarro, como un bobo que se para en un palo seco que se alza y lo golpea en la cabeza, con la herramienta, la agresiva quijada de burro, el palo para sembrar, la flecha, la rueda? ¿En qué anacrónico estadio de evolución andaría chapoteando como un pegajoso animal de pantano? ¿Qué habría sido de la historia del hombre sin el Arca que le permitió sortear el Diluvio Universal sin siquiera saber nadar? Tendríamos una historia sin hombres, dulce historia de cosas y animales sin huecos en la capa de ozono. ¿Cuál habría sido el destino de Troya, de la insulsa guerra en que miles de machos erectos se descuartizan por una hembra traicionera, sin el astuto caballo de madera? ¿Habría desaparecido el interés en la guerra si esa estratagema no se hubiera hecho famosa? ¿Se habrían desvanecido los objetos que llevan

la muerte en sus entrañas? Los seres humanos serían otros sin estas cosas. Basta preguntar a los japoneses si les es indiferente que les haya reventado en la cara el pútrido vientre de las bombas atómicas. Así pues no hay que tomar a la ligera la idea de que la gloriosa historia de esta ciudad muy heroica y muy leal, ciudad de bailadores de salsa, devoradores de arroz atollao y sopa de tortillas, haya sido modificada por ocho viejos camiones Ford modelo cuarenta y ocho. Aunque la aparentemente prosaica naturaleza de los destortalados camiones no le haga honor a la compleja épica urbana soñada por sus moradores. Después de todo los hombres necesitan una buena dosis de humildad. ¿O deberíamos decir, de realismo? Fábula de la quijada de burro y el caballo de Troya. Que viva Esopo.

LOS SIETE CAMIONES DEL OLVIDO

La explosión de Cali, como se ha dado en llamarla, es una historia pública que trasciende internacionalmente y para que los duros de las llamadas ciencias blandas no digan que esta novela es pura invención, que no corresponde a la verdad (algunos creen saber cuál es la verdad), la inicio utilizando versiones periodísticas de la época que narran en lo que podría considerarse tiempo histórico. Así pues, como tú, comienzo esta historia con un documento. Nada me produce más vértigo que copiar tus técnicas narrativas, ya sabes, los aficionados rinden homenajes, los profesionales roban. Cito extensamente este documento. Cito textualmente, salvo licencias novelescas, amigos astronautas, dama y caballero de la blanca silla

LA VERSIÓN DE UN PERIODISTA:

"A la una y siete minutos de la madrugada del siete de agosto José del Carmen Murillo oyó y vió el estallido desde su casa de habitación en Terrón Colorado, a buenos quince o dieciocho kilómetros del epicentro de la explosión. Como todo el mundo en Cali, inicialmente no supo de qué se trataba. Un enorme hongo con una ráfaga azul-rosácea cruzó de oriente a occidente en medio de la noche limpia y ardiente de agosto y permaneció en el espacio más de cinco minutos.

Los lectores recuerdan las versiones iniciales de la prensa: el caso de los camiones cargados de materiales explosivos de altísimo poder estacionados, contra toda elemental previsión, en un amplio patio habilitado como depósito. Sin embargo sosegados ya los ánimos y por virtud de investigaciones periodísticas realizadas por nuestro corresponsal en Cali y por el enviado especial de este diario, puede ofrecerse a los lectores otra bien diferente, sujeta como es lógico a la imposibilidad de comprobarla exactamente, bien porque los posibles testigos hubieren perecido en la calamidad o por otras razones que no vienen al caso. La versión de que hablábamos arranca de una información de prensa que fue publicada en los distintos diarios de Cali el 6 de agosto y que explicaba cómo sería conmemorada la festividad del día 7. Se habían proyectado a las 5 de la mañana salvadas de artillería y disparos de 21 cañonazos desde la loma de Belalcázar. Parece que a la una de la mañana los encargados de hacer los disparos del cañón fueron hasta el arsenal y procedieron a despertar al proveedor del cuerpo militar acantonado en ese sector para demandarle la entrega de 30 proyectiles de grueso calibre. El proveedor se levantó a cumplir la orden, abrió las bodegas y encontró el sitio donde estaban almacenados los proyectiles pedidos. Varios soldados se pusieron a transportar las balas hasta un jeep. Presumiblemente desconocían la peligrosidad de los elementos que manejaban o no fueron advertidos sobre su tremendo poder. Es posible que alguno de ellos dejara caer un proyectil o este rozara a otro estallando y desatando la pavorosa conflagración. Hay que tener en cuenta, si nos atenemos a esta versión, que la explosión inicial ocurrió en un arsenal suficientemente provisto de toda clase de materiales explosivos. Luego, por percusión, los camiones (7) cuadrados a 30 metros estallaron a su vez. Es difícil hallar pruebas exactas bien por la sencilla razón de que los testigos perecieron o por la imposibilidad de hacer una reconstrucción de los sucesos sobre bases exactas. Pero es muy curioso que todos los testigos entrevistados, más de 30, coincidan en afirmar que oyeron dos explosiones con intervalo de segundos. Las

investigaciones de algunas compañías de seguros coinciden en este particular. Otro detalle muy significativo: el cráter principal se formó en el edificio de ferroconcreto de la estación ferroviaria, donde se habían depositado desde meses atrás poderosos cargamentos explosivos. Hay varias fotografías que muestran a los soldados ya en la madrugada del 8 extrayendo proyectiles y explosivos precisamente de ese sitio.

Lo demás fue la fuerza de la tremenda explosión. Se trata de un sector especialmente poblado y en donde menudeaban los venteros, los bares, los hoteles de tercera categoría, las casas de lenocinio. Los lugares vecinos al sitio de la poderosa conflagración estaban habitados por gentes pobres, obreros, propietarios de negocios pequeños, abarroteros. El negocio más famoso era la casa de prostitución conocida como El Paraíso Mozartiano que quedó completamente destruida y sus ocupantes todos muertos.

Pasado ese primer impacto inicial, esa monstruosa sacudida en pleno centro de la ciudad, el fuego comenzó a extenderse. Narran los testigos presenciales que bombas incendiarias estallaron por más de un cuarto de hora después de las dos explosiones iniciales y contribuyeron a la rápida propagación de los incendios que convirtieron la zona en un río de fuego.

Desde las primeras horas, apenas se logró dominar el incendio, brigadas de voluntarios trabajando con extraordinario tesón, lograron rescatar los primeros cadáveres de entre los escombros. A las cinco de la tarde fue necesario enterrarlos en fosa común, con la dispensa del obispo. No había ataúdes y la descomposición de los cadáveres era tremenda. En esa fosa de más de quinientos seres que ayer eran activos elementos sociales se cerraba la primera página de la horrorosidad de aquella catástrofe. Tras las palas gigantes iban las brigadas de voluntarios para la heróica labor de rescatar los destrozados cadáveres.

Una vez referidos los hechos fundamentales que constituyen la noticia y las anécdotas satélites que le dan brillo y un "aspecto humano", viene la tarea espinosa de hablar de las causas de una tragedia de tanta magnitud y la necesidad de delimitar

responsabilidades. El periodista habla de una primera posible causa: la irresponsabilidad militar en el manejo de explosivos, si bien lo narra como un partido de boliche en que unos soldados mal instruidos y juguetones apuestan al pepo y cuarta con material explosivo dentro del arsenal. Muchas otras causas inmediatas han sido expuestas como hipótesis no comprobables, bien sea porque los testigos han muerto y no pueden, consecuentemente, declarar, bien sea por otras razones que no vienen al caso. Enuncio dos causas no comprobables expuestas por los periodistas: la que le echa la culpa a una locomotora que enciende con sus chispas de carbón la debacle y la que responsabiliza a un borrachito buscalleitos que dispara, para dañar los bienes del prójimo, sobre uno de los siete camiones del olvido y descubre en su torrido analfabetismo que un instante basta para comprender que la identidad habita tanto en el ser como en el reflejo del ser en el espejo.

Cuaderno de cosas y animales: soy una locomotora de carbón en los Ferrocarriles Nacionales, División Pacífico. Me llaman Anaconda porque puedo arrastrar muchos vagones y por mis movimientos serpentinos en la escalofriante geografía colombiana. He venido a este país rural y primitivo como símbolo y vehículo de progreso, desarrollo y modernización. Mi camino de hierro, mi grito grave y el poder del vapor que engendro en el pecho han transformado montañas y selvas inhóspitas en parajes de riqueza. He hecho realidad el sueño de esta ciudad de estar unida al mar. Sueños materiales y sueños del espíritu que les he regalado con mi corazón de vapor. Y ahora un periodista retardado mental sugiere que yo soy la causante de la desgracia de esta ciudad. Nada comprende ese hombre pobre de espíritu, nada. Porque con la muerte de la estación nace la carretera. ¿O acaso habéis visto una locomotora suicida? Esas son veleidades humanas, impropias de una locomotora de vapor, poderoso dinosaurio del transporte moderno. Fábula del tren y la carretera.

Además de las hipótesis que plantean un hecho fortuito, hijo de un accidente sin voluntad de tragedia cuyos agentes son personas (o cosas) de origen popular y actores

secundarios en la vida nacional, se mueve tambien una hipótesis de tipo político que implica culposa responsabilidad de altas personalidades, acusaciones y defensas. Sirva de ejemplo el encabezado de prensa que precede a las cartas de dos expresidentes colombianos cuyos textos no parece necesario citar ya que pueden ser consultadas en la Hemeroteca Nacional. La primera está cubierta bajo el irónico encabezado "De cómo el dictador quiso explotar la tragedia de Cali" y la segunda bajo el título " Respuesta de Alberto Lleras, director del liberalismo".

Aparecen otras dos hipótesis sobre las causas de la tragedia, queridos amigos, en *El Gato*, un tabloide irónico y audaz que el ingeniero Herbert Wolff lee cada semana con una sonrisa escondida en la comisura de los labios. Me encanta esa frase de cajón de la novela negra:"la comisura de los labios". Las dos causas propuestas por *El Gato* son de tipo psicoamoroso y aunque a primera vista parecen descabelladas no son fácilmente descartables. La primera, firmada por Martha Rodríguez, se refiere a traumas psíquicos derivados de la extrema pobreza y de la violencia, dos factores endémicos en nuestra ciudad, que empujan a un hombre que odia a sus padres y que, además, presencia su asesinato, a jurar venganza contra la sociedad. El dicho Pánfilo Anacleto Contreras, logra entrar en el ejército y dirigir el grupo de soldados encargados de transportar las balas de salva para la celebración del 7 de agosto. El mismo prende la mecha que desata la inenarrable tragedia. Pánfilo se constituye así en una especie de Antonio Ricaurte, el héroe nacional que vuela con el arsenal patriota para evitar que sea capturado por los españoles. Sólo que Ricaurte lo hace por la patria para vengarse de los españoles y Pánfilo lo hace por sí mismo para vengarse de la patria. Debo admirar la agudeza de la periodista, su intento de crear un símbolo con tonos de crítica social y moraleja incluida: la patria víctima de su propio invento.

Retroactividad: Una voz preadolescente, destemplada y con lujo y abundancia de gallos, grita en el Salón Nautilus como quien hace un happening: que viva Esopo.

La segunda hipótesis, la hipótesis amorosa,

aparece muchos años después en un libro titulado *Tarzán y el Filósofo Desnudo* y cuenta la desventura de la esposa de un alto oficial acantonado en Cali. La esposa tiene motivos para pensar que el oficial anda enamorado de una mujer de la casa de lenocinio El Paraíso Mozartiano. Para vengarse, pero sobretodo con el designio de desaparecer para siempre la rival, la esposa seduce a un hermoso capitán que, a su debido tiempo y entre las almohadas del placer, le cuenta a la engañada esposa que hay siete camiones cargados con dinamita a media cuadra de El Paraíso Mozartiano. Es fácil imaginar cómo ella lo incita a prenderles fuego. Parece que esta hipótesis, muy plausible, tampoco es comprobable porque en la conflagración perecen el capitán ejecutando una orden del amor y el esposo que anda en ronda de amor con su paradisíaca amada. La esposa, como es literariamente obvio, enloquece y tampoco está en posibilidad de dar testimonio. De todas maneras es inevitable sacar una conclusión de psicología de la sexualidad, querido Juan: demasiado amor lleva a la tragedia (no hay que olvidar que la mujer del Paraíso ama al alto oficial, el alto oficial ama a la mujer del Paraíso y, aunque parezca irónico, el alto oficial ama también a su esposa genocida, esta ama a su marido, el alto oficial, y también al hermoso capitán, el hermoso capitán, lógicamente, ama a la bella esposa del alto oficial). En la tierra una red de amor tan intrincada es como la cohabitación de fuego y dinamita, queridos astronautas. ¿Lo es también en vuestros mundos intergalácticos? De lo contrario no sabéis lo que es el amor.

Como pueden ver, querido Julio, queridos amigos astronautas, los sociólogos tienen razón: los fenómenos sociales siempre son multicausados, inclusive cuando no se sabe cuáles son las causas de un hecho como la explosión de siete camiones de dinamita y un arsenal militar, es más seguro y más elegante afirmar que son múltiples y complejas. Porque así es. Lo cual no quiere decir que al afirmar la multicausalidad se sepa más sobre la explosión. Es solamente una cuestión de elegancia y de vestiduras verbales. Porque se olvida hablar del caos, del desorden, la otra cara de la sociedad humana. Sí podemos, en cambio, notar un hecho interesante: ha

aparecido en varios sitios el nombre del establecimiento llamado El Paraíso Mozartiano. El establecimiento es, como queda dicho, completamente arrasado por la explosión. Todas las personas vinculadas al Paraíso perecen. Aunque esta aseveración no debe ser tan cierta si nos detenemos un momento a pensar lo que sucede esa noche, ya casi al amanecer, con la aparición del octavo camión, el camión de la memoria.

Cuaderno de cosas y animales: soy un camión de carga y hago la ruta entre Cali y Buenaventura. Voy y vengo. Llevo café y traigo productos industriales. Y estaba pensando que la locomotora de vapor tiene razón en sus reflexiones: no pudo ser ella la que encendió la chispa que acabó con la estación de ferrocarril. Más sospechoso debería ser yo: tengo el motivo (reemplazar al tren como medio de transporte) y la oportunidad (esa noche estaba cargado con cajas de dinamita del ejército). ¿Por qué nadie sospecha de mí y de mis colegas parqueados en la estación? ¿Será porque el que vence tiene siempre la razón histórica sin importar sobre qué crímenes se asienta su victoria? Pero claro, yo no fuí porque si hubiera sido habría volado en átomos esa noche y no estaría aquí conversando cómodamente sobre la naturaleza de la verdad histórica. En realidad llegué a la ciudad con dos días de retraso porque tuve un problema en la caja de cambios en plena carretera, como a medio kilómetro de Dagua. Y fue, irónicamente, el taller del ferrocarril situado en esa localidad el que reparó mis dolencias mecánicas. ¿O será cierta la hipótesis de que fingí los desperfectos porque sabía lo que iba a suceder? ¿O será que os habéis creído la historia de que un camión no puede amar la vida? ¿O la teoría de Emilio Durkheim sobre el suicidio altruista? Fábula del camión de carga y la explosión.

EL CAMION DE LA MEMORIA

Como José del Carmen Glenarvan en Terrón Colorado, el ingeniero Herbert Wolff se despierta a la una y siete minutos sin saber qué ha sucedido. Sale violentamente de un sueño en que construye con animales de origami un inmenso retrato de Alexander

Wolff, su padre, en la fachada de la Casa de los Leones. Enciende la luz todavía con la realidad del sueño en los ojos y busca a tientas las figuras de papel. Encuentra el cuerpo caliente y húmedo de Rosa Caravalí. Hace lo que siempre hace, entre amoroso y divertido: comparar el color de sus pieles. Su piel de alemán casi transparente, rojiza y la de ella negra profunda, casi azul. Le da un beso en la frente y palpa con los labios la leve y salada capa de sudor que la refresca. Enciende el radio para averiguar por qué suenan las sirenas. La explosión, destruida la zona de la estación del ferrocarril, incendiada la ciudad, causas desconocidas. Siente una espada de hielo que atraviesa su pecho. El Paraíso Mozartiano, piensa, y llama de inmediato a José del Carmen Glenarvan. Despiértese, dice, y recoja la grúa y el remolque y venga por mí inmediatamente.

Las calles están llenas de ejército y policía, de equipos de emergencia, de bomberos, de voluntarios, de curiosos. El tráfico es imposible y el ejército no deja pasar con sus tanquetas y sus retenes. Herbert Wolff enciende las sirenas de la grúa y logra avanzar hasta la zona del desastre. Lucha con el calor que producen los incendios, con la gente que corre enloquecida, con los desechos que obstaculizan el paso. Finalmente, a eso de las tres de la mañana, llega frente al Paraíso Mozartiano. Carmen, dice, (le gusta darle ese nombre femenino a su trabajador que parece un desmesurado Tarzán urbano) venga, ayúdeme a buscar a las muchachas.

No las puede distinguir, sus cuerpos carbonizados no son identificables. No se detiene hasta que ha volteado al revés los restos calcinados del Paraíso Mozartiano y ha rescatado todos los cuerpos. Nadie ha sobrevivido. Se sienta en el guardafango del camión y en sus ojos grises aparece una honda y germánica desolación. Ha perdido uno de los dos mundos que le dan sentido a su vida. Se siente solo y huérfano. Su dolor es un pozo ciego de aguas espesas y negras, sin luz, espejo sordo que no refleja la vida. Sólo nadan en sus aguas los peces transparentes del aniquilamiento y lo efímero. Permanece así, indiferente, largo rato, como la estatua de un héroe en la que se paran las palomas. Y súbitamente piensa en Julio Verne y comprende que está tomando una

lección de abismo con este viaje al corazón de las tinieblas. Está allí no solamente para rendir un homenaje final a los amigos del Paraíso, transformado en infierno, sino también para salvar su memoria. Carmen, grita otra vez, trae la grúa. La caja fuerte alta y rolliza echa humo. La enfriá con agua y espera impaciente hasta que puede colocar las cadenas. La engancha en la grúa y la pone en el remolque. Cuando arranca el octavo camión cargado con la caja fuerte comienza a despuntar el sol sobre la ciudad sumida en la desgracia.

Costura narrativa: Empiezan los narradores oficiales a practicar sus grumos. Este grumo podría entrar tanto en la categoría de microgrumo, debido a que solamente se unen dos tiempos que según la lógica de la flecha del tiempo están separados o, también, el grumo podría ser clasificado como un megagrumo porque entra en acción un número muy grande de personajes y porque es un elemento clave de la acción novedosa. ¿Qué sucede? Sigue que los socios del Paraíso Mozartiano, reunidos en pleno para celebrar un sábado de socios, disfrutando de su tradicional espíritu pachanguero, escuchan sorpresivamente la historia de su fin, su muerte en la explosión de Cali. Una muerte terrible en el asador. Hay por lo menos dos asuntos que la dama y el caballero de la blanca silla deben considerar. En primera instancia la impresión, las emociones desatadas, de los socios que escuchan narrar los acontecimientos que llevan a su muerte el día en que celebran una reunión de socios particularmente solemne y en que prácticamente todos estarán reunidos. ¿Creerán en ella? ¿Reirán de ella? ¿Disfrutarán de ella como si fuera una historia ficticia concebida por unos locos para asustarlos, para hacerles sentir emociones fuertes? Tomarán precauciones y no volverán a los sábados de socios? ¿Pensarán en medidas para evitar la catástrofe? En segunda instancia debe notarse que los narradores se están tomando en serio el asunto de los grumos y que tendremos bastante más sobre grumos. Paciencia, escribir es también lidiar con el problema de los grumos.

Cuaderno viajero: Propongo que en este punto se cuente la historia de Michel Verne, adolescente hijo de Julio que lo espera a la salida de una reunión de sábado de socios y le

dispara en un pie la vieja pistola oxidada. También contar que Julio Verne escarmienta al díscolo hijo enviándolo de grumete en un largo viaje, convirtiendo así lo que para él hubiera sido la felicidad en un castigo.

En este momento de la historia, mis estimados amigos astronautas, querido Verne, debo recordarles que Herbert Wolff es mi abuelo y que esa madrugada llega a su casa, llamada por los caleños La Casa de los Leones porque tiene la efigie de dos leones sentados en el pórtico, y con la ayuda de José del Carmen Glenarvan y de la grúa sube la inmensa caja fuerte al ático donde queda su estudio de ingeniero. Después despidió a Carmen a quien arranca innecesariamente una promesa de silencio, se baña y se mete en la cama con Rosa. Nadie, excepto el forzudo y silencioso Carmen, se entera de la historia de la caja fuerte.

EL SECRETO DE LA CAJA FUERTE

Treinta y seis años y dos meses después de la explosión de Cali, mientras España y América celebran los quinientos años del descubrimiento o del encuentro de dos culturas o del comienzo de la situación colonial, según el punto de vista, me avisan que Herbert Wolff ha muerto. Al entierro asisten algunas personalidades de la colonia alemana (otras no aprueban su forma de vida y otras nunca han sabido qué pensar: si vivir como él o condenarlo), una nutrida delegación del cuerpo de ingenieros de la ciudad, profesores universitarios, el alcalde, el gobernador y su gabinete, obreros del ferrocarril, Rosa y el resto de la familia que es una variopinta procesión de rubios, mulatos y negros, aunque casi todos miran la gente de esta ciudad ubicada en la barriga del mundo como si acabaran de llegar directamente importados de Escandinavia.

El abuelo Herbert escribe a cada miembro de la familia una carta en la que le anuncia la herencia que le ha dejado y le habla del sentido de la vida. Así es él, siempre hablando de que la vida es una pregunta, un acertijo, un viaje, una aventura. A cada uno le deja una tarea que debe llevar a cabo en secreto, un camino de crecimiento personal. No se cuáles son las tareas de los demás aunque sería muy divertido inventarlas. Apuesto a que podría

inventar tareas muy apropiadas para cada uno. No importa que no coincidan con las que les deja el abuelo. La mía es clara. Ahora que la he cumplido la puedo revelar.

Retroactividad: Una niña vestida extrañamente al estilo marinero, zapatos blancos y trencitas con moños rosados, dice tímidamente, con sonsonete de declamación: ahora sigue la biografía de nuestro líder, el gran Esopo.

Paraísos personales : curriculum vitae.

Nombre: Esopo.

Estudios: autodidacta, me ví obligado a pensar mucho durante la parte de mi vida en que fui mudo y después lo que sé lo debo a la ayuda de las musas.

Profesión: fabulista, filósofo natural, viajero, consejero, esclavo durante un período, rebelde contra la estupidez humana, contra la humillación del hombre por el hombre, amante de los animales y en ese sentido tal vez haya sido el primer frigio ecologista.

Publicaciones: las 287 fábulas que han sido recopiladas en numerosas ediciones en prácticamente todas las lenguas que hablan los hombres, reproducidas en las cartillas con que los niños aprenden a leer y escribir. Soy, en ese sentido, un autor universal.

La vida que deseo: mi paraíso personal sería conformar en algún lugar del mundo una sociedad de amigos de la fábula que le devolviera la palabra a los animales , las cosas y los dioses en la narración de historias. Una rebelión que atacara con ironía, sarcasmo y sátira a los narradores oficiales, solemnes y épicos. Un grupo que entrara subrepticiamente y sembrara el amado desconcierto, la perplejidad, en las mentes infladas de los que han asentado sus sabias posaderas en la verdad. Nada más saludable para los sabios y para los narradores y personajes de historias que la perplejidad. Me fascinaría que mis fabuladores se infiltraran como flores fosforescentes en la oscura selva de la estupidez humana y encendieran sus linternas aquí y allá, sorpresivamente, como incómodos guerrilleros. Ese juego de luces en la oscuridad es el gozoso espectáculo por el que me traslado gustosamente con mis fábulas a este hirviente futuro, a este improbable país asentado en la barriga sudorosa del trópico, en

cuyo escudo aparece el gorro frigio de los campesinos de mi patria. Aquí continuaré con mi oficio y llenaré páginas del *Cuaderno de cosas y animales* para engrosar con esta nueva serie de fábulas caleñas las ya famosas que escribí en mi vida anterior como esclavo y frigio. Por eso también he regresado ¿para qué quiere un escritor vivir nuevamente sino para completar su obra? ¿Y qué lugar mejor para esta reencarnación que un país lejano que ha escogido por símbolo en su escudo el gorro de los campesinos y esclavos de mi patria?

ABRO EL SOBRE Y LEO:

Hijo de mi corazón: Como ya estoy muy viejo y, excluyendo tu presencia y la de Rosa, me siento muy solo, no me es doloroso pensar en la muerte. He estado haciendo apuestas con ella. Me gustaría ganarle la partida y fijar yo la fecha. ¿Cómo te parece el doce de octubre, en medio de la celebración de los 500 años del violento encuentro entre dos culturas? Lo he decidido así porque se que te encantan las coincidencias. Hace un poco más de treinta y seis años desapareció El Paraíso Mozartiano y esos mismos años hace que tengo en mi poder su caja fuerte. Tu sabes muy bien por todo lo que hemos conversado que la explosión de Cali marca la muerte de un mundo y, por lo tanto, el nacimiento de otro. Yo pertenezco al mundo que muere. Tú al que nace, aunque estés bastante tocado de mi mundo. Eres un hombre de varios mundos y debes aprovechar esta circunstancia de tu ser mestizo. Y sabes que esto de los quinientos años marca también, aunque sea sólo simbólicamente, la muerte de una época y el nacimiento de otra. Así pues, es un buen momento para morir, aunque sea únicamente por el jugo literario que le puedes sacar a la coincidencia histórica. Siempre es saludable reírse de la Historia.

Tu no necesitas dinero porque te llenan otras cosas de la vida. Vas en contravía de la acumulación. Te dejo entonces lo que más amo: Rosa, tu abuela negra, para que la cudes, mis libros y la caja fuerte del Paraíso Mozartiano. Con Rosa y con los libros tú sabes qué hacer. En cambio necesito darte algunas indicaciones sobre la caja fuerte. La caja contiene los papeles del Paraíso

Mozartiano. Isadora se encargaba ella misma de la caja y guardaba de la manera más organizada todos los documentos que se producían. Encontrarás en bolsas de manila, distribuidos por temas, los papeles, fotografías, cartas, pinturas, sueños, ensayos, los valiosos comentarios del profesor Quintana sobre las novelas caleñas de Verne, poemas, diarios, estadísticas, encuestas, recortes de periódico, anécdotas de la casa, minibiografías, confesiones, discos, entrevistas grabadas en cassettes, videos caseros, declaraciones de amor, nombres y datos de las mujeres que trabajan en el Paraíso Mozartiano, historias de los clientes más importantes (los Santana y los Wolff, entre ellos), crónicas de los grandes momentos (carnavales, juegos florales, salones de pintura, danzas...) en fin, una gran variedad de materiales, incluyendo estadísticas de clientes vírgenes que aprendieron a hacer el amor con la sinfonía Júpiter de Mozart, porcentajes de orgasmos según la clase social de los clientes, historias de las mujeres del Paraíso que después de años de servicio se casaron en olor de burguesía, en fin, en fin.

Cuaderno de cosas y animales: soy la caja fuerte del Paraíso Mozartiano y lo primero que debo dejar sentado con seguridad es que soy una caja fuerte a disgusto, preñada de desacuerdos y, para colmo de males, con dolor de estómago permanente. He sido concebida y diseñada para una función precisa y apreciada: guardar valores. Pero las desordenadas mujeres del Paraíso Mozartiano me han convertido en una cueva de antivalores. Nací para una vida apacible y honrada, para ser testigo del lento crecimiento de la economía, del progreso lineal. He soñado todos estos años con libros de contabilidad, títulos financieros, pagarés, escrituras, letras de cambio, cartas de intención, giros bancarios, transferencias, intereses, pagos de valor constante, planes de desarrollo, cifras de inversión, pérdidas y ganancias, balances, billetes, joyas y otras delicadezas que le den paz y sosiego a mi estómago burgués. En cambio he sido alimentada con toda clase de revulsivos: fotos pornográficas, cartas de amor, estadísticas de lujuria, documentos procaces de la bohemia artística, dinero engendrado por el pecado y lo ilegal, manifiestos de irrigación a lo más noble del hombre, pinturas que son un

escarnio a la belleza, fotografías que inmortalizan lo que debería ser arrojado al olvido, todos los detritus de la miseria humana. Mi estómago, modelo de ética, ha tenido que pagar con ácidos y úlcera péptica. Sólo tuve un momento de alivio cuando depositaron en mi vientre algunas obras del gran Julio Verne, novelas limpias que hablan del progreso, la ciencia, la técnica, los viajeros científicos. Me consolaba leyéndolas. La mayor parte del tiempo, sin embargo, he estado empotrada en esta pared, mirando irónicamente la locura humana, he sido una espía de sus desvaríos, una crítica observadora de la cenagosa colada en que se hunden, los he mirado con tristeza, con indignación, con suave compasión, con ira y odio, con algún perdido intento de comprensión, siempre con una sonrisa de burla en mis labios. Ellos y ellas, por supuesto, no se han dado cuenta. Han estado todo el tiempo embelesados mirándose a sí mismos pero no han logrado ver su verdadero rostro. Por esto ha sido para mí una fortuna que me hayan retirado de esa casa de desgracias y me hayan traído a esta biblioteca y que el indigesto material no habite ya más en mis entrañas. Tal vez después de pasar por el purgatorio y el infierno de tantas degradadas historias de la pasión humana me espere el paraíso de un precioso material contable. Lo peor que le puede suceder a una caja fuerte es no trabajar en lo que le gusta, en lo que quiere hacer, en lo que es. Algunos llaman esta desgracia traición a sí mismo, otros le dan el terrible nombre de alienación. Fábula de la caja fuerte, el infierno y el paraíso.

He intentado durante muchos años escribir en secreto la historia del Paraíso Mozartiano, tanto como homenaje a mis amigos como por la fuerza de la utopía que allí se engendra. Pero fundamentalmente porque El Paraíso Mozartiano ha sido la parte más plena y feliz de mi vida. No he podido, no he sabido cómo organizar los materiales, su cantidad y variedad me ha amelcochado las neuronas. Tal vez he amado demasiado todo esto y el afecto es mal consejero para comprender y escribir. Y además mi castellano es tan fluido como una calle empedrada de San Antonio y la historia del Paraíso Mozartiano no puede escribirse en alemán. No te preocupes, no me siento un

fracasado por no escribir la historia. Yo la viví. Y, además, estás tú, hombre de mi propia sangre pero más del sur, de la barriga sudorosa del trópico como dice Esopo, que del norte, más mulato que alemán. El que tú seas quien la escriba me libera de toda sensación de fracaso. Tú eres sociólogo y debes saber manejar información para construir una interpretación acertada. Desde pequeño te han gustado las historias, oirlas y contarlas con tu lengua de tzentzontle. Te dejo esa misión, hijo, ese último pedido de amor, a tí que tanto me has dado en afecto. Te dejo la caja fuerte que es como una lámpara mágica de historias maravillosas, una cueva de Alí Babá de tesoros amorosos, una caja de Pandora de vlezas y odios, un caballo de Troya de sorpresas sobre la mutante naturaleza humana, un Potosí del humor y la ironía, un Dorado de secretos, traiciones, amoríos, lubricidades, heroísmos, renuncias y rencores, triunfos y oscuros abismos de dolor y derrota. Frótala y escribe, como el sociólogo público y como el novelista secreto que eres. Cuando termines sabrás por qué pienso que la más rica herencia te la dejo a tí.

Publica un libro. Organiza una exposición sobre el Paraíso Mozartiano en el Museo de Arte Moderno. Será un éxito. Sólo me queda desearte toda la suerte del mundo con este encargo y con la vida y, claro está, con el amor. Una mujer vendrá a amarte intensamente porque eres un hombre de buen corazón y por todo lo que haces por mí. Esa mujer vive en los papeles del Paraíso Mozartiano, está presa en la caja fuerte. Tú la liberarás, moderno Don Quijote, de su encantamiento. Ella, por supuesto, teamará con una inquebrantable fidelidad del corazón. Frota la lámpara mágica y échate en mi honor, cuando termines, una botella de whisky en compañía de Julio, Juan y Fabio y, claro está, de los astronautas. Porque los invitarás ¿verdad? Al fin de cuentas han sido tus mejores amigos durante años en tus juegos en La Tienda de Aventuras.

¿Qué te parece, Julio? Me quedo de una pieza cuando leo la carta. Mi tarea es no permitir que muera El Paraíso Mozartiano. Mantener viva su historia y con ella la historia de mi abuelo. Me preparo, excitado, para la soledad exterior y para la multitudinaria

compañía de todos los personajes que crean y viven ese sueño irónico que es El Paraíso Mozartiano. Este es el viaje de que siempre me habla el abuelo Herbert, recuerda a Verne, recuerda a Julio Verne, la vida es un viaje extraordinario, querido Paul, un viaje inventado, un viaje de la imaginación, el excitante viaje de inventarnos a nosotros mismos.

Así pues, Julio, Juán y Fabio, astronautas compañeros de viajes y andanzas en el Trompo del Tiempo, este es el Big Bang de Cali, el apocalipsis urbano, sus *Quinientos millones de La Begun*. En el principio la ciudad es compacta, homogénea, comprensible, pequeña como la millonésima parte de la cabeza de un alfiler, temblorosa de energía y entonces, en un esfuerzo combinado, las caldeadas fuerzas de la modernidad y la posmodernidad la convierten en una bola de fuego y la hacen estallar en mil pedazos y se transforma en este reguero de mundos diferentes, opuestos, gaseosos, veloces, pueriles y anodinos pero sorprendentes, efímeros y precarios pero asombrosamente estables, siempre en movimiento, siempre huyendo unos de otros, separándose, individualizándose, que conocemos hoy. ¿Cómo es el Paraíso Mozartiano antes y cómo es ahora? ¿Hay un antes y un ahora o todo es presente? ¿Existe realmente el Paraíso Mozartiano o es solamente el deseo de libertad, la tozuda utopía que todo hombre lleva atorada como una espina de pescado entre pecho y espalda? ¿Somos todos los hombres unos rebeldes subterráneos, como tú, Julio, buen burgués sedentario de Amiens, y nuestra rebeldía consiste en inventarnos a nosotros mismos? ¿Por qué debe morir el Paraíso Mozartiano? ¿Quién lo ha condenado a muerte? ¿Stahlstadt, la ciudad del mal? ¿France-Ville, la ciudad del bien? ¿Ambas? Así pues, compañeros de andanzas, subamos al Trompo del Tiempo y viajemos hacia el tiempo mestizo, hacia el tiempo de esta ciudad blandamente asentada en la sudorosa barriga tropical del mundo. Por Brick Bradford, por Buck Rogers, por Flash Gordon, por sus hermosas mujeres, amarrarse los cinturones que despega el Trompo del Tiempo. Detrás de la cortina del tiempo está Cali y en ella habita, como una zorra de astucia, mi deseo de enamorarla escribiéndole una historia, una de sus posibles historias.

¿Y usted, Frankenstein de fábula, quién es? grita enojado el capitán Rogers dando la alarma ¿qué hace aquí? Es un intruso, un intruso.

Historias intrusas: la modernidad es enemiga de la ingenuidad. ¿Cómo quiere que me identifique si soy un intruso? Permaneceré anónimo, pero permaneceré. Porque aquí se está montando una trama, se está planificando el futuro de una historia que será contada desde la clase dominante de los narradores. De esta manera se construye la realidad, por medio de la exclusión. Siempre ha sido así en esta ciudad. Las historias se engendran desde el poder. Y los ácratas de la novela, los que luchamos por la movilidad social de los narradores proletarios, los inconformes con las leyes premodernas del contar historias, estamos condenados al uso de la violencia narrativa, a la contranarración, a subvertir la historia oficial, a mostrar la diversidad, el caos posmoderno, el archipiélago cultural, la multitudinaria naturaleza del tiempo mestizo, el yo saturado de los personajes. Nuestra lucha parecerá inocua pero estaremos presentes, causaremos pequeñas molestias, desenfoques narrativos, plantaremos a manera de emboscadas diminutos árboles carnívoros que devoren pedazos de la historia oficial, seremos una mancha en los manteles del festín palaciego que es la historia de Paul Wolff y sus amigos terrícolas y astronautas y, en cambio, celebraremos el opíparo festín de Esopo, el festín de las lenguas que a veces acarician y a veces engendran el rencor. ¿O no les parece una exclusión narrativa la idea de que solamente en la caja fuerte que le deja su abuelo alemán esté encerrada la historia del Big Bang? La historia de la ciudad como una reluciente casa de anticuario. Los historiadores y su obsesión por los archivos. ¿Y el asunto de los ocho camiones, qué tal? ¿Y el del Trompo del Tiempo? Infantilismo de tira cómica. ¿Y el de los sociólogos? Pero preguntarás, querido lector ¿por qué crees que pueden tener éxito los narradores intrusos si los narradores oficiales tienen en sus manos la apropiación del sentido de los hechos, incluso la avidez de la palabra? Precisamente, ese es el fundamento de nuestra estrategia, la avidez de los narradores oficiales que me hace recordar la fábula del perro que lleva un trozo de carne en

la boca y pasa por el río y ve en el agua otro perro con un trozo de carne en la boca y suelta la que lleva para apoderarse de la que se refleja en el agua. Si Paul Wolff ama la manida frase de novela negra "la comisura de los labios", yo amo las fábulas de Esopo. Esopo nació en Frigia y de allí vienen los gorros frígios o gorros de la libertad según dice nuestro escudo nacional. Esopo era negro, esclavo, mudo y monstruosamente feo y sin embargo encontró, en medio de la sorna de los hombres, el camino para ser manumitido por su amo: su arte de contar fábulas. ¿Recordáis la fábula del león, Prometeo y el elefante? ¿La que cuenta que el león estaba resentido con Prometeo porque a pesar de hacerlo el más fuerte de los animales le había insuflado el miedo al gallo? ¿Y que viendo que el elefante movía constantemente las orejas le preguntó ¿por qué mueves las orejas? y el elefante le contó que estaba condenado a mover las orejas de día y de noche porque tenía miedo del mosquito que lo podría matar si tocaba su aguda corneta dentro de su oreja? ¿Recordáis la fábula de los tres bueyes y el león en que el león se quiere comer a los tres hermosos y cebados bueyes pero ellos lo rechazan unidos con sus largos cuernos afilados y entonces el león siembra envidias en su amistad y los separa y luego se los come uno a uno? Así pues, pequeños fabuladores intrusos del mundo, uníos. Uníos en el nombre de Esopo, nuestro padre. Constituiremos un ejército de gallos, de mosquitos, de Esopos, una sociedad secreta de hijos de Esopo, la "Reunión Esópica Tropical", RETRO. ¿Podéis pensar en algo más contemporáneo, más posmoderno, más chic?

LOS QUINIENTOS MILLONES DE LA BEGUN

Adjunto, escribe Paul Wolff, un artículo periodístico del profesor Quintana publicado en El Relator:

Durante su larga estancia en El Paraíso Mozartiano el famoso escritor colombo-francés Julio Verne realizó dos versiones de sus obras fundamentales. Una versión inicial, gozosa, que publicaba en cuatro o cinco copias en el mimeógrafo de gelatina o en la ingenua imprenta portátil del Paraíso Mozartiano, versión que circulaba entre amigos y

contertulios y que leía, por entregas, en el Salón Nautilus. Y una segunda versión a la que, por medio de una dolorosa operación de alta cirugía literaria, extraía el gozo que rezumaba la primera versión y le transplantaba el acartonado y puritano deber ser europeo. Esta segunda versión era publicada en Francia por Jules Hetzel, su editor, amigo y padre espiritual y es la que todos los jóvenes del mundo hemos leído como *Los viajes extraordinarios*. El profesor Quintana, su amigo y crítico literario, recogió los artesanales ejemplares de sus obras, versión colombiana, y los hizo guardar en la caja fuerte del Paraíso Mozartiano con el propósito de publicarlos de manera más eficaz en el futuro, esperando que los editores colombianos perdieran el miedo a la calidad literaria. Cuando se celebraba la semana verniana y sus novelas mimeografiadas se exponían en el Salón Nautilus sobrevino la explosión de los camiones de dinamita que terminó con El Paraíso Mozartiano y con los manuscritos. Como prueba histórica de su existencia pueden citarse, sin embargo, mis ensayos periodísticos sobre sus novelas publicados durante esos años en periódicos y revistas locales y la supervivencia de uno de los manuscritos que se salvó de la tragedia porque lo tenía Paul Wolff, entusiasta de la obra de Verne. Ese manuscrito tiene por título *Informe a Julio Verne*. Dos asuntos hay que explicar sobre el manuscrito: uno, aparece firmado con un seudónimo que se conserva en esta primera edición colombiana y, dos, el título narcisista, el dirigirse un informe a sí mismo, que es otra manera de despistar a los que persiguen develar su vida íntima, el llamado misterio Verne.

¿Por qué escribió Julio Verne dos versiones de sus obras fundamentales, una para El Paraíso Mozartiano y otra para Europa? ¿Por qué en América terminamos leyendo la versión europea y no la paradisíaca? ¿Es solamente un asunto de pobreza editorial? ¿La explosión de Cali la llevó a cabo algún francés celoso con la finalidad de destruir los manuscritos vernianos? ¿Había en ellos algo peligroso que alguien quisiera desaparecer? ¿Qué tienen estos acontecimientos qué ver con nuestra identidad? La explicación de la existencia de dos versiones nos lleva de nuevo a lo que se ha denominado "el misterio Verne". ¿Por qué

Verne quemó en sus últimos días, ya en Francia, su archivo personal, su correspondencia, su contabilidad, papeles no identificados? ¿Por qué quiso borrar las huellas de su biografía? Marguerite Allotte de la Fuye, su sobrina, dice algo muy inteligente: "Al crear el misterio sobre su vida Verne se ha convertido en un escritor imaginable". Se ha afirmado que durante períodos largos desaparecía de su casa y nunca se logró aclarar donde había estado. Se ha dicho que pertenecía a sociedades secretas o esotéricas, un análisis grafológico afirma que Verne era un revolucionario subterráneo, un estudioso sostiene que tenía un amor inconfesable y otro que era un judío apátrida o que tenía una personalidad tenebrosa, se ha sostenido que fundó una firma, "Verne Inc.", que escribía sus novelas mientras él vivía su "otra vida", hasta se ha puesto en duda su masculinidad. Lo que voy a referir prueba contundentemente que estas hipótesis son falsas.

La verdad es que Verne vive una larga estadía colombiana, que recorre la geografía y la historia de este país, que las disfruta con su alma de viajero, que ama a una mujer de origen mulato llamada Isadora Arias y que vive con ella un apasionado y largo romance. Julio Verne es miembro de número del Paraíso Mozartiano. Viene a Colombia en plena adolescencia, un poco antes de lo que se ha dado en llamar el "affair Caroline", la historia de la prima de que se enamora Julio y que, según la versión francesa de su biografía, lo traumatiza para siempre y lo convierte en un misógino feroz. En realidad esas son baratijas freudianas inventadas por los franceses, incapaces de aceptar que Verne, autor de edificantes libros para jóvenes, disfrute una torrencial y apasionada vida de trabajo en el trópico. Verne vive cerca de veinte años en Cali y escribe en El Paraíso Mozartiano sus mejores obras. Los franceses inventan esa parte de su vida, sus estudios de Derecho, su bohemia parisina, su amistad con el viejo Dumas, su desplorable experiencia teatral, sus estudios autodidactas de la ciencia, la parte optimista de su vida, el hábito de desarrollismo puritano de sus viajes extraordinarios, todo lo que fue su biografía hasta que escribió *Los quinientos millones de la Begun*. En realidad Los quinientos

millones es la última novela que escribe en el Paraíso Mozartiano antes de emprender el triste viaje al exilio francés que es su vida de encierro con la aburridora viuda Honorine. ¿Cómo pasa Verne de pertenecer a "Los once sin mujeres" a casarse con una viuda con hijos a quien no ama? ¿Qué tiene que ver Isadora Arias, mulata de anchas caderas, con este embrollo sentimental?

Después de este prolegómeno pasemos al tema que nos ocupa: *Los quinientos millones de la Begun*. La primera versión, la gozosa, de este libro se titula *La herencia de Langevol* y la segunda *Los quinientos millones de la Begun*. Las malas lenguas afirman que *La herencia de Langevol* es escrita por un francés llamado Paschal Grousset. En realidad Verne utiliza ese seudónimo para algunas de sus obras colombianas. No hay tal que su editor Hertzle le haya comprado a Grousset un manuscrito que contenía una buena idea pobemente desarrollada como novela y se lo haya dado a Verne para que lo reescribiera. Ambas novelas cuentan la historia de dos ciudades, la ciudad del bien y la ciudad del mal, que se enfrazan en una guerra. En los quinientos millones Verne enfatiza la ciudad del mal, Herr Schultze a fuerza de ser extraordinariamente malo, y sobretodo de no tener motivos aparentes para su odio a France-Ville, la ciudad buena, se transforma en el eje de la historia. La compleja infraestructura, el secreto, el arma poderosa y desmesurada, pero sobre todo el odio gratuito de Schultze, generan el interés de la novela. La mayor parte de la narración se focaliza en esa ciudad monstruosa. La ciudad del bien en cambio aparece desdibujada. Sus sistemas de planeación que definen la urbanización, la salud, la educación, ordenan la igualdad y la justicia, la bondad y obediencia de sus habitantes, hacen de ella un aburrido modelo para los institutos de planeación contemporánea. El bien es aburrido y soso y el mal apasionante y atractivo, es la lección de *Los quinientos millones*. De todas maneras Herr Schultze construye un arma que prenderá fuego a France-Ville y la dejará en cenizas, un extraordinario cañón apocalíptico. Herr Schultze fracasa obviamente en sus planes destructivos y muere irónicamente congelado por un accidente de su propia arma, él que quería incinerar a France-Ville. Claro está, France-Ville se salva, progresá y es buena y feliz. *La herencia de Langevol* en cambio centra su historia en la ciudad del bien. La

ciudad del bien es El Paraíso Mozartiano y nada tiene que ver con el aburrimiento. Por el contrario, es la fiesta, el arte constestatario, la innovación musical, la danza, la literatura petardista que busca nuevos caminos, la pintura de vanguardia, la delirante ciencia contemporánea, especialmente la ciencia social, el amor, el sexo, el vino, la tertulia hasta la madrugada. France-Ville es la gélida utopía saintsimoniana y El Paraíso Mozartiano es la utopía fourierista, la satisfacción de las pasiones, del deseo, el deseo, huevo de toda ética contemporánea. La ciudad del mal no es un espacio físico, está en los rumores, en las grises conciencias, en los secretos mal guardados, en la doble moral, en lo provinciano de nuestra cultura, en las pequeñas envidias, en las inteligencias constreñidas, en la futilidad del ser. Y esa ciudad maligna que se esconde en las consejas como un hálico de intransigencia sí incinera El Paraíso Mozartiano con un cañón que tiene la potencia de siete camiones de dinamita.

Estas dos versiones de una misma historia se constituyen en una bisagra que divide la obra de Verne en dos alas: el ala optimista, donde anida la idea de progreso y la ciencia es una herramienta de bienestar, con sus ingenieros que saben tomar riesgos para mejorar la vida de los hombres. Esta ala optimista fue escrita durante sus días del Paraíso Mozartiano. El ala pesimista que alcanza a vislumbrar ya el armagedón que los hombres son capaces de crear a partir de la ciencia, hasta culminar en las delirantes historias, típicas de su fase europea, de *La misión Barzac* y de *El Eterno Adán*.

Los franceses nunca creerán, por supuesto, que *París en el siglo XX* no es la última novela inédita de Verne sino esta tropical historia de su prolífica, feliz y solitaria vida en Cali. ¿Lo creeremos nosotros?

EL BLANQUEADOR DE GENOGRAMAS:

Ni de fundas vamos a creer semejante infundio. El Blanqueador de Genogramas nos ha contado la información que aquí se revela pero ha pedido permanecer anónimo. Guardaremos el secreto de nuestra fuente como lo avala la ley. El Blanqueador de Genogramas hereda en su juventud la creencia de que su raza es pura y además superior. Señala, tocándose la mejilla con el anverso de la mano,

que alguien no pertenece a su raza y que su pigmentación diferente lo hace despreciable, apenas soportable. Ya en su primera edad adulta descubre que no hay tal pureza genealógica y sufre mucho, se deprime y decide vengarse de quienes le han vendido semejante mentira y, en general, de todo el mundo. Se hace historiador y se especializa en la investigación de árboles genealógicos. Publica avisos en los periódicos ofreciendo sus servicios como blanqueador de genogramas y tiene una demanda que es calificada por él mismo como una avalancha. Los negros no quieren tener ancestro blanco ni tinturas indígenas. Los indígenas no quieren recordar que sus mujeres han sido abusadas por hombres blancos. Los blancos nada quieren saber de abuelos negros o indígenas. Nadie quiere ser mestizo, mulato, zambo. Todos aspiran a ser puros o, en su defecto, a alcanzar el disimulado status de saltatrás. Y El Blanqueador de Genogramas demuestra la hipótesis ilusoria y vergonzante de que las razas en Colombia se han conservado milagrosamente puras, intocadas por otras razas, ningún español ha cohabitado con indígenas, ninguna esclava negra con amo blanco, mucho menos alguna india con negro. Y distribuye certificados que demuestran una insopportable endogamia racial en esta deliciosa olla de todos los contubernios, de orgasmos multicolores, de coitos no solamente interraciales sino interplanetarios e intertemporales. Pero un día, cuando ya todo el mundo se ha hecho blanquear el árbol genealógico y El Blanqueador de Genogramas es un hombre rico, lleva a cabo una acción tildada de traicionera, aleve y rastrera: publica un libro en cuatro volúmenes en que muestra la variopinta verdad que él mismo ha blanqueado. El escarnio es total y devastador. Un verdadero Big Bang del prestigio social de las familias de más rancio abolengo. Cada quien tiene que lidiar con una abuela negra y promiscua, una madre indígena y servicial, caritativa con varones blancos y negros, una bisabuela blanca que aúlla de noche cuando se mete en la cama con una fila de negros e indios lúbricos. Hasta que hartas de sufrir esta vergüenza las gentes agraviadas comienzan a idear una teoría social que exalte su estado lamentable de desprecio. Llaman mestizaje a la dicha teoría. Y de esa

manera la liviandad de nuestras abuelas negras, blancas e indígenas da lugar a lo que se tiene por la columna vertebral de nuestra identidad. Cómo será que hasta nuestro tiempo es mestizo. Que viva el contubernio, la fornicación, el amancebamiento, la calentura, los coitos multicolores de nuestras abuelas que han convertido nuestras pieles en un arcoiris de delicias a la hora del deseo. Qué aburrido que todas las mujeres del Paraíso Mozartiano fueran blancas translúcidas o negras brillantes o indígenas cobrizas. Qué monotonía, por Dios. Gracias a nuestras indómitas abuelas la vida en esta ciudad es un arcoiris de pasiones. Una de las hipótesis más sonadas del libro del Blanqueador de Genogramas, titulado *Arboles genealógicos en blanco y negro*, y que no resisto la tentación de develar aquí, es la que muestra que Paul Wolff, nuestro narrador en jefe, también esconde su calavera en el closet. El autor afirma que Paul no es hijo del insospechable matrimonio de Henry Wolff y Amanda Santana sino de una impensable noche de amor oculto en El Paraíso Mozartiano entre Amanda y Julio Verne. Así que Amanda no se dedica solamente a escribir folletos para las prostitutas del Paraíso. Y, oh sacrilegio, Julio Verne no solamente vive en Cali durante dos décadas y escribe allí sus mejores novelas sino que nos deja un hijo que pronto poblará de descendientes tuyos esta tierra prolífica y sensual. Que viva el Blanqueador de Genogramas. Que viva Esopo, padre de la libertad de coito. Pero ojo que aquí nace una nueva forma de discriminación: todos los mestizos discriminan ahora a los que son, hasta donde se sabe, blancos, negros o indios puros. El que no sea mezclado está en la olla.

El cuarto punto del orden del día, la exposición de comics sobre Flash Gordon, Brick Bradford y Buck Rogers, es considerada excelente. El trazo del dibujo, su riqueza, y la hondura del libreto, la manera de organizar la exposición es en sí una aventura. Todos los socios del Paraíso Mozartiano comentan los sueños que estos viajeros interplanetarios han despertado en su infancia. Pero el momento culminante es el encuentro de Flash, Brick y Buck con los Flash, Brick y Buck de las historietas. Todos se quedan en silencio y observan cómo los astronautas disfrutan los vestidos y la tecnología viajera de los héroes

de historieta. Dicen finalmente: existíamos antes en el deseo y la imaginación de los terrícolas como una especie de comunitario curriculum vitae del deseo interestelar, como un festín de la diversidad humana, del anhelo del viaje, de paraísos personales alternativos, una cierta forma inicial de la realidad virtual. Vamos a devolverles a los terrícolas el regalo que nos hacen de inventar nuestras biografías escribiéndoles sus paraísos personales, vidas alternativas con las que siempre han soñado, particularmente en las noches calientes de agosto en que hiere en sus identidades el deseo de la multiplicidad del ser. Como dice un poeta terrícola: ser uno mismo es condenarse a la mutilación pues el hombre es apetito perpetuo de ser otro. Es verdad, estábamos en la tierra antes de haber venido. Siempre hemos estado aquí. ¿Será allá, en las aventuras del espacio sideral, donde nunca hemos estado? La mesa de quesos, frutas y vinos, soberbia, como siempre, el bar y el baile, extraordinarios, como siempre, la cena en Las aguas vivas, fuera de serie, como siempre, las muchachas del Paraíso Mozartiano, dulces y sensuales, como siempre. Y así termina de cumplirse el orden del día en la noche del sábado como siempre, al amanecer del domingo.

Al amanecer del domingo, con las calles húmedas de rocío, Paul Wolff sale de la pieza de Fiummetta, una de las muchachas italianas del Paraíso Mozartiano. Alza el cuello de la camisa para protegerse del aire fresco matutino. Respira con placer el olor a cadmias de la ciudad. Recuerda la levedad del cuerpo de Fiummetta, su olor a naranjas maduras, su voz mediterránea. Lleva en la mano la libreta de apuntes que Rodrigo Parra le ha entregado. El secretario del Paraíso Mozartiano Ltda. recoge historias, chismes, el mundo secreto del Paraíso, lo apunta en pequeñas notas, subraya contrasentidos, títulos, ideas extrañas. Dentro de la libreta hay recortes de periódico, noticias bizarras, titulares sugestivos. Aprieta también el libro negro que contiene las fábulas de Esopo y una biografía del escritor griego. El secretario-barman-disc jockey del Paraíso Mozartiano le ha dicho: léelo, creo que lo vas a necesitar. Recoge historias potenciales durante la semana y se las entrega los sábados de socios. Paul llega a La Casa de

los Leones, entra a la Tienda de Aventuras en el ático y revisa las notas de la libreta. Organiza temas, los distribuye según los énfasis de los capítulos llamados viajes en honor a Julio Verne. Subraya la historia del Blanqueador de Genogramas, los recortes sobre el cine de la ciudad, la idea del cuaderno viajero, las historias humorosas y valientes de los ingenieros que construyen el ferrocarril al mar, las lecciones de abismo, el cuaderno de cosas y animales, los paraísos personales, las historias intrusas, el asunto de los niños de Esopo, le resulta seductora la idea de mostrar las costuras de la narración en lugar de ocultarlas como hace la novela tradicional: contarle al lector no solamente la historia novelesca sino también la historia oscura y gozosa de la escritura. Escribe con letras grandes ¡Ojo! frente a la idea de las costuras narrativas. Vaya las ideas que se le ocurren al disc jockey. Lee la introducción del libro: "Acerca de las fábulas griegas como género literario de Carlos García Gual". Escribe algunas ideas, dibuja un esquema con círculos y flechas. Realiza estos rituales con la idea de poner a trabajar el cerebro mientras duerme. Toma una ducha para serenar el cuerpo y el alma de la tormenta de acontecimientos que le ha dejado la noche. Comienza así a fabricar la soledad, la necesaria concentración para el domingo, la tensa paz que requiere la escritura. Se mete en la cama, se arropa y se acomoda como lo hacen los hombres felices. Antes de dormirse toma la grabadora que tiene en la mesa de noche y dice: esto es el tiempo mestizo: pasado, presente y futuro acostados en el mismo lecho, embadurnados de todos los tiempos como una milhoja de arequipe, la impensable idea de Alexander Wolff de las dos flechas del tiempo machihembradas, prodigioso contubernio de la temporalidad.

COSTURITA NARRATIVA

Han surgido entre los miembros de la Sociedad El Paraíso Mozartiano Ltda. sucesivas olas de chismes que afirman que las costuras son obra del barman y secretario Rodrigo Parra que no acepta su papel de servir y mezclar licores, poner discos y reseñar

objetivamente lo que se dice y hace como lo exige un acta sino que ha caído en la tentación de meter baza en la historia. También se afirma que el secretario y barman es un doble agente y que reparte información a ambos bandos para echarle fuego a la pelea. Otros dicen que estas costuras son obra inequívoca de RETRO y que, por supuesto, los Esópicos están detrás de ellas. Unos más afirman que es Julio Verne en persona el metiche que las escribe (otros van más allá y dicen que Verne es el verdadero escritor oficial de la novela y que usa a Paul Wolff como escritor para salvaguardar su anonimato). Pero la mayoría ha aceptado el

chisme de que es el mismo Paul Wolff el que escribe las costuras en un intento por darle dirección al descontento de RETRO y controlar de esta manera su actividad. Reina la confusión narrativa.

Esta discusión de terrícolas confusos es interminable, gruñe Diana Anaid. Vámonos. Encendamos el Trompo del Tiempo. Viajemos hacia el tiempo mestizo. Todos arriba. Amarrarse los cinturones. Con suavidad, con suavidad Buck, como tratas a tu amante, para que la rugosa opacidad del tiempo no lije nuestros rostros ni borre nuestra identidad facial. A viajar. Que viva Julio Verne.

